

“La agroecología es por la vida,
ni la pandemia nos detiene”
Estrategias de las mujeres frente a la
precarización de la vida



Créditos

EXPLORACIONES N° 58

Autoría: Jazmin Goicochea Medina, Andrea Torres Espinoza



CONCURSO de Jóvenes 2020

"Derechos campesinos y dinámicas territoriales en tiempos del COVID-19"

"

ISBN: 978-9917-603-07-8

D.L.: 4-2-2601-2021

ISBN: 978-9917-603-07-8



Edición, diseño y diagramación:

IPDRS

Contáctanos



www.sudamericarural.org



[/IPDRS](https://www.facebook.com/IPDRS)



[/sudamerica_rural](https://www.instagram.com/sudamerica_rural)



[@IPDRS](https://twitter.com/IPDRS)



Sudamérica Rural IPDRS

La Paz, Mayo de 2021

Índice

1. Introducción	6
2. La precariedad nos atraviesa, la vida nos moviliza ...	8
3. La agroecología como estrategia, a pesar de la crisis	11
4. A modo de conclusión ¿Qué posibilidades tenemos?	13
Bibliografía	14

“La agroecología es por la vida, ni la pandemia nos detiene”¹

Estrategias de las mujeres frente a la precarización de la vida

Jazmin Goicochea Medina²

Andrea Torres Espinoza³



Fotografía N° 1. Mujer agroecológica de Lima Sur. Autora: Jazmín Goicochea Medina

1 Recuperado del testimonio de Ana María Palomino (65 años), pequeña productora agropecuaria de Lima Sur.

2 Socióloga de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, activista feminista e investigadora en temas de género y territorio. Miembro del equipo técnico del Observatorio Interdisciplinario de Salud Pública y del Grupo de Trabajo CLACSO Reformas laborales en América Latina.

3 Estudiante de décimo ciclo de la Escuela Profesional de Sociología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Investiga temas de género y trabajo. Miembro del Observatorio Interdisciplinario de Salud Pública y practicante de la Comunidad Andina (CAN).

Con mucho cariño, A las mujeres agropecuarias
de los valles de Lima

1. Introducción

“Antes, desde donde yo vivía se veía la playa. Era muy lindo. Había mucha chacra y ganadería. Además, el agua era clarita, muy limpia y venía en cantidad. Así, recuerdo a mi valle de Lurín”
(Victoria, 63 años, Lima Sur).

Las palabras de Victoria expresan la añoranza de las mujeres su territorio. El diálogo con ellas, nos acercó a su preocupación por el lugar que habitan y el trabajo al que dedican su tiempo. Y esto, se suma a nuestro interés por conocer un poco más de nuestra Lima y sus pulmones verdes, en tiempos en los que la vida corre riesgo, los bienes comunes son privatizados, los valles son depredados y el trabajo agropecuario es precario.

En la década de 1990, se impuso la aplicación de las políticas de ajuste estructural y las reformas asociadas al Consenso de Washington, a fin de resolver la grave crisis económica que venía atravesando el Perú. Estas políticas de ajuste se basaron en la eliminación de subsidios, la privatización de empresas públicas, la apertura incondicional al mercado mundial de capitales transnacionales. Al mismo tiempo, Perú ha pasado de ser un país tradicionalmente rural y con un gran potencial agropecuario, a ser, un país predominantemente urbano a causa de los fuertes flujos migratorios que se desataron desde la década de 1960 (Matos, 1990).

En ese contexto, las políticas neoliberales produjeron la expansión del mercado residencial basado en lógicas de despojo y de especulación, que decantan en procesos fraudulentos sobre los territorios y los bienes comunes, afectando en gran medida al agro (Harvey, 2005), y así lo evidencia, el descenso de la agricultura en el PBI nacional. Según el Ministerio de Agricultura y Riego (2016), en 1950, la agricultura representaba 11 % del PBI, mientras que en el 2014 se situó en 5,3 %. Sin embargo, la pequeña producción agropecuaria pierde protagonismo ante la inversión de grandes capitales privados. En el 2012, el agro representó 12,8 % de las exportaciones⁴. En cambio, los y las pequeñas productoras agropecuarias representan 80 % de las unidades agropecuarias, con ingresos aproximados a 38 % de los hogares no agropecuarios.

En esas condiciones, en el año 2012, se estimó que 2,26 millones de peruanos se dedicaban al agro, donde las mujeres representan 30,8 %. Cabe precisar que, la participación de las mujeres se duplicó desde 1994 hasta la fecha indicada. Mientras que la participación de los hombres solo creció 14,2 %. En particular, el Censo de 2017, evidenció una mayor participación de las mujeres en el agro en Lima.

A pesar de la creciente participación de las mujeres en el agro, el neoliberalismo implica para diversos sectores sociales la pérdida de autonomía, pone en riesgo a la agricultura campesina y a los ejercicios de soberanía alimentaria. Cabe precisar, además, que el modelo neoliberal le da continuidad a la escasez de propiedad de la tierra de las mujeres, así como pone en riesgo la tenencia segura de terrenos de producción a su cargo. Esto no es nuevo, el colonialismo instaló un control

4 Las y los trabajadores de la agroindustria rigen su trabajo bajo la Ley N°27360 de promoción del sector agrario. Hoy derogada -luego de las luchas emprendidas por las y los trabajadores- por la precariedad en la que sitúa a las y los trabajadores agropecuarios, debido a que indica que deben recibir una remuneración diaria de S/39.19 (\$10.93) que incluye gratificaciones y compensación por tiempo de servicios, así como un aporte de 6% a la salud -cuando el régimen laboral indica que debe ser de 9%-, a pesar de que las enfermedades profesionales en este sector son variadas a causa del uso de agrotóxicos, el movimiento mecánico de más de 10 horas laborales sin ningún tipo de uniforme o implemento para cubrirse del sol.

social y territorial de expropiación de la tierra y de los cuerpos de las mujeres (Korol, 2016).

La emergencia producida por la pandemia del COVID-19, no impidió que el agro continúe sosteniendo la vida de la mayoría de la población del país. De todas formas, sí tuvo fuertes consecuencias en este sector económico y mucho más, en un territorio como Lima, compuesto por los valles de Chillón, Rímac y Lurín. Estos valles que han sido depredados a causa de un proceso de urbanización acelerado (Arroyo y Romero, 2019).

Frente al contexto descrito, nos proponemos profundizar en analizar las condiciones y estrategias de las mujeres pequeño productoras agropecuarias de Lima durante la pandemia del COVID-19. Para ello, hemos recuperado siete valiosos testimonios de compañeras⁵ dedicadas a la producción agropecuaria en Lima, a quienes agradecemos por su apertura. Sus testimonios han sido muy sentidos e importantes para entender lo que sucede con la pequeña producción agropecuaria. Al mismo tiempo, nos hemos acercado a su trabajo a partir de la observación participante.

Nuestro análisis recupera las reflexiones desarrolladas en el marco de la nueva ruralidad. Sabemos que la dicotomía urbano-rural ha perdido vigencia y reconocemos la interdependencia entre un espacio y otro (Pérez, 2004). La nueva ruralidad, en su perspectiva latinoamericana, ubica aspectos de cambio fundamental en el territorio rural: encadenamientos urbano- rurales, el empleo rural no agrícola, la provisión de servicios ambientales, las certificaciones agroambientales o “sellos verdes”, los pueblos como centros de servicios, el papel activo de las comunidades y organizaciones sociales, y la diversidad ecológica-cultural como patrimonio (Rojas, 2008).

De este modo, se intenta pensar no solo en el proceso productivo agropecuario, sino en la importancia del uso respetuoso con la naturaleza, así como el surgimiento de una racionalidad diferente a las lógicas individualistas que rigen nuestros cotidianos. Todo esto implica una reflexión profunda acerca de la economía que traspasa la lectura de las relaciones patrón-asalariado, y más bien, abarca las relaciones sociales y ecológicas de aprovisionamiento, cuidado y afecto, relaciones no leídas en el marco del cálculo y la acumulación (Gago, Cielo y Gachet, 2018).

Situamos a la pequeña producción agropecuaria como parte de la trama de la economía popular, definida por Giraldo (2017), como un sector estructurado en sus dimensiones económicas, sociales y políticas, así como se encuentra articulada de forma compleja y contradictoria. Según Gago (2017), este es un concepto que pretende recuperar la potencialidad de las experiencias diversas de la economía que ponen como centralidad al trabajo vivo y no a los procesos de acumulación. Del mismo modo, se pone en evidencia su potencialidad en la reproducción de la vida y la disputa con la precarización que produce el capital. En el marco de las economías populares, surgen relaciones de solidaridad y reciprocidad, en medio de una dinámica de conflictividad. Así, logramos leer también las estrategias que se desarrollan para resistir ante la precariedad.

Desde nuestro análisis, uno de los puntos claves para profundizar en estas estrategias, es entender que las mujeres no solo viven la precarización del trabajo productivo, como consecuencia del contexto del territorio, sino también la precarización de la vida. Intentamos recuperar la precisión que realiza Federici (2018), sobre la perspectiva predominante de la economía que pone atención en las relaciones monetarias trazando una línea divisoria entre la producción y la reproducción. Esto evidencia que el capitalismo es heteropatriarcal, así como medioambientalmente destructor, colonialista y racista. Sus características tensionan los procesos de acumulación y los procesos de

5 Cabe precisar que, en algunos casos, los nombres de las mujeres entrevistadas mencionados a lo largo de la redacción de la investigación han sido modificados a fin de respetar su deseo de anonimato.

sostenibilidad de la vida como la reproducción social. La centralidad es la reproducción de la vida. Según Coraggio (2007), esto no supone negar la necesidad de acumular, sino más bien, establece otro tipo de unidad entre la producción (como medio) y la reproducción (como sentido).

Nuestro recorrido divide nuestro trabajo en tres partes: en primer lugar, profundizaremos en las condiciones del trabajo agropecuario en tiempos de pandemia; en segundo lugar, analizaremos las estrategias de las mujeres productoras agrarias afianzadas durante la pandemia; y finalmente, dejaremos algunas pistas para continuar con esta reflexión.

El recorrido planteado supone también una reflexión teórico-metodológica desde el Sur. Según Santos (2018)⁶, se trata de la “la producción y validación de conocimientos anclados en experiencias de resistencia de los grupos sociales que sistemáticamente han sufrido la injusticia, la opresión y la destrucción causada por el capitalismo, el colonialismo y el patriarcado” (Santos, 2018: 28). Esto implica replantear la dicotomía conocimientos/saberes⁷ y hacer el ejercicio de “identificar y valorizar lo que a menudo ni siquiera aparece como conocimiento a la luz de las epistemologías dominantes, lo que en su lugar surge como parte de las luchas de resistencia contra la opresión y contra el conocimiento que legitima esta opresión” (Santos, 2018: 29).

Esperamos que estos asuntos sean de utilidad y abran una serie de preocupaciones dedicadas a las vidas de hombres y mujeres trabajadoras agropecuarias que luchan y resisten diariamente de manera digna.

2. La precariedad nos atraviesa, la vida nos moviliza

“La pandemia se llevó a mi pareja, pero igual tenemos que salir adelante. En la agricultura he parado por el agua y encima el Covid-19 que es un problema” (Yola, 50 años, Lima Sur).

En definitiva, la situación actual no solo ha producido un duro impacto en el sostenimiento de la pequeña producción agropecuaria, sino también pérdidas irreparables e incertidumbre acerca del futuro. Sus vidas han cambiado mucho, se han precarizado cada vez más. Las emociones se encuentran a flor de piel. Aun así, continúan enfrentando la situación en la que se sitúan.

¿Dónde nos encontrábamos?

El problema del agro en el Perú no es nuevo. Luego de los grandes flujos migratorios de la década de 1960 y la expansión del mercado bajo lógicas de mercantilización del suelo, de las semillas y

6 Según Santos (2018), esta reflexión no debe entender al Sur como el Sur geográfico, sino como compuesto de muchos sures que tienen en común el hecho de constituir saberes nacidos en las luchas contra el capitalismo, el colonialismo y el patriarcado. El objetivo de lo que Santos denomina Epistemologías del Sur es “posibilitar que los grupos sociales oprimidos representen al mundo como propio y en sus propios términos, pues solo así podrán cambiarlo según sus aspiraciones. (...) Las epistemologías del Sur se relacionan con los saberes que emergen de las luchas sociales y políticas y no pueden ser separados de esas luchas. Por lo tanto, no son epistemologías en el sentido convencional de la palabra. (...) Su objetivo, más bien, es identificar y valorizar lo que a menudo ni siquiera aparece como conocimiento a la luz de las epistemologías dominantes (Santos, 2018: 29).

7 Según Santos (2018), la dicotomía saberes/conocimiento se debe a que el conocimiento se asocia a lo académico; mientras que los saberes son asociados a la población que ha sido marginada históricamente por el capitalismo global.

del agua, se produjo una fuerte desvalorización de la pequeña agricultura (Matos, 1990; Romero y Arroyo, 2019; Korol, 2016). Porque la globalización del capital encontró la forma de darle sostenimiento al mercado, expandiéndolo al mercantilizar los suelos para cubrir la demanda residencial. Este proceso está sostenido en dinámicas de despojo de tipo fraudulentas (Harvey, 2005). De esta forma, los valles de Lima (río Chillón, Rímac y Lurín) fueron impactados por un proceso de expropiación de los suelos para “sembrar cemento”, como dicen las mujeres pequeño productoras agropecuarias. Las consecuencias del acelerado proceso de urbanización y de carácter depredador, produjo problemas en el acceso al agua para la producción agropecuaria y mucha contaminación.

A pesar de eso, según el Cuadro 1, se evidenció una creciente participación de las mujeres en esta tarea en Lima, así como un descenso en la participación de los hombres.

Cuadro 1. Población de 14 años a más dedicada a la agricultura y trabajo calificado como agropecuario, forestal y pesquero en Lima (2007-2017)			
2007		2017	
Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
14,094	3,350	13 311	4 938

Fuente: INEI, Censos nacionales del 2007 y 2017.

Nos preguntamos ¿Por qué las mujeres se insertan en este trabajo, a pesar de las dificultades de un territorio como Lima? Para responder, recordamos las palabras de las mujeres:

“Yo decido aprender la agricultura porque mi hijo tenía desnutrición crónica severa” (Catalina, 45 años, Lima Sur).

“Hace tres años, por un tema de salud, yo decidí entrar a la agricultura. El doctor me recomendaba que consumiera verduras (Yanina, 36 años, Lima Norte).

Evidentemente, este trabajo tiene la potencialidad de asegurar la vida. Sin embargo, la pequeña producción agropecuaria ha sufrido su desvalorización como consecuencia del posicionamiento del agronegocio, generando ingresos por debajo de 38 % de los hogares no agropecuarios por más de 8 horas de trabajo diarias. Al mismo tiempo, las dinámicas del agronegocio se han instalado obstaculizando a la pequeña producción. Las características del agronegocio son las siguientes: producen monocultivo y utilizan agrotóxicos dañinos para la salud (Korol, 2016). Al mismo tiempo, en la pequeña producción se prioriza la comercialización de carácter local, y tienen que negociar su trabajo y sus productos con un intermediario.

“El precio lo pone el intermediario, nosotras no podemos decidir en eso. A veces quieren ganar más que nosotras y eso no es justo” (Victoria, 35 años, Lima Sur).

La pequeña producción agropecuaria de las mujeres sufre los embates de un proceso de urbanización acelerado que depreda los valles de Lima. Al mismo tiempo, el posicionamiento de la agroindustria ha producido la desvalorización de la actividad agropecuaria a pequeña escala, así como la instalación de sus dinámicas en ella. Con la pandemia causada por el COVID-19, estas condiciones se afianzaron.

¿Qué nos hizo la pandemia?

La precarización del trabajo en la pequeña producción agropecuaria se aceleró en tiempos de pandemia⁸. El abandono a este sector económico no es nuevo. Se trata de una actividad económica no formal que se encuentra en medio de dinámicas territoriales que depreda los valles, así como se encuentran en precarias condiciones de trabajo, y sin ningún tipo de respaldo estatal.

“El que menos, ya está dejando las chacras porque ya no lo ven rentable, con ganancia. Yo tenía rabanito, mi gasto era 1000 soles (300 dólares) en la inversión, pero en el campo solo te querían dar 200 o 300 soles (entre 50 y 100 dólares) nada más y la única solución que yo tuve es buscar un mercado y yo misma venderlo y ya iré sacando 500 soles (150 dólares). Por lo menos, ya podré cubrir los gastos para la semilla y las máquinas, ya lo demás iré botando. Me he dedicado a eso yo misma ir al campo, llevar, vender. (...) Ya no hay intermediario porque están comprando a menos del valor de costo, y si tú no puedes llevarlo al mercado, lo dejas botado, y lo único que hacen es que la cabra se lo coma. Así que yo misma voy, me acerco para vender, vendo en el mercado Chillón, en Carabaylo, porque han desalojado el mercado la Cumbre. (...) Ahora los mayoristas como le han cerrado la puerta (desalojo), no saben dónde entregar, y si entregan a Santa Anita, ellos te pagan a lo que ellos quieran, los mayoristas están vendiendo a 1 sol el producto, si Santa Anita se une te pagan 0.50 céntimos y si es que quieres, y el mayorista viene acá y te paga 20 céntimos, porque ellos tienen que sacar sus jornaleros, sus fletes y todo” (Marlene, 33 años, Lima Norte).

A pesar de las consecuencias en la precariedad del trabajo en el agro, el gobierno de turno no ha beneficiado de ningún modo a este sector. Si bien se anunció la entrega de bonos de 760 soles (210 dólares), este no logró cubrir a la gran cantidad de población trabajadora de la economía popular que no fue beneficiada, en el marco de las políticas de reactivación económica, como la pequeña producción agropecuaria.

“No he recibido ninguna ayuda de parte del gobierno, más bien estoy preocupada porque mis productos se quedan y yo tengo que hacer toda la venta a precios injustos. Los préstamos que tenía me los cobran con muchos intereses y tengo que pagar para sacar más y poder vivir. Ya no sé qué voy a hacer” (Yohana, 43 años, Lima Este).

“Ahorita sacamos préstamo del banco y no les interesa como estemos pasándola. Como sea quieren su plata cuando nosotras a las justas hemos podido jornalear para poder sobrevivir y comer. El que menos ha fracasado en el campo y está endeudado con los bancos. Las moras han crecido y no nos ha llegado ningún bono. Incluso el alcalde ha botado a los mayoristas y nos dejan sin mercado” (Marlene, 33 años, Lima Norte).

Entonces, la crisis generalizada produjo menos ingresos, descenso de los mercados de abasto para la comercialización, y se continuó viviendo los embates de la urbanización. Sumado a ello, según la Organización de los Estados Americanos (OEA). En este momento de emergencia global que representa el COVID-19, las mujeres enfrentan los mismos desafíos que todas las mujeres –la

8 En noviembre del 2019 se conocía el primer caso de COVID-19 en el mundo y el 15 de marzo de este año, el entonces presidente del Perú, Martín Vizcarra, decretó “aislamiento social obligatorio”. Las medidas implementadas por el Estado para salvaguardar la economía del país, como el Decreto Legislativo 1455 o también llamado Reactiva Perú, han estado dirigidas a las grandes empresas de más de 60 millones de soles de ingresos anuales (Durand y Castillo, 2020). Mientras que la pequeña producción agropecuaria no formal se vio abandonada a pesar del discurso de unidad del presidente.

agudización de la crisis de cuidados, la precariedad económica y el incremento de la pobreza, la falta de acceso a bienes y servicios esenciales, la limitada movilidad, y el incremento de la violencia de género—, pero las enfrentan desde el ámbito rural que presenta una serie de obstáculos adicionales, incluyendo mayores tasas de desnutrición, la desaparición de servicios públicos junto con un incremento en la carga de cuidado, la devastación de comunidades rurales pobres con la propagación del COVID-19, y la interrupción de la cadena de producción alimenticia que impacta particularmente a productoras de alimentos a pequeña escala. Sin embargo, la capacidad de agencia y resiliencia de las mujeres nos ha permitido identificar estrategias que han venido empleando para sobrellevar la crisis que atraviesan. Para ellas, no todo está perdido.

3. La agroecología como estrategia, a pesar de la crisis

“El autoconsumo resuelve mis problemas, lo que gano no es suficiente, pero no tengo problemas para comer porque tengo verduras, pollos, huevos para vivir bien porque sé que es lo que produzco y que insumos utilizo” (Catalina, 45 años, Lima Sur).

Las mujeres enfrentaron la precarización del trabajo agropecuario que las despojaba de la soberanía y seguridad alimentaria acudiendo a la agroecología de forma organizada. Definimos a la agroecología desde su sentido práctico como la erradicación del uso de productos químicos en el proceso de producción (Faria, Moreno y Nobre, 2015); así como la puesta en valor de formas de “ser y hacer” en correspondencia ética con la naturaleza (Giraldo, 2013). Es decir, esta actividad intenta penetrar no solo en las relaciones económicas, sino también en las relaciones sociales y culturales de las mujeres (Boza, 2013).

La agroecología no surge con la pandemia del COVID-19. En realidad, ellas vienen trabajando agroecológicamente desde mucho antes, solo que hoy se ha hecho muy importante debido a su potencialidad para sostener la vida. Se trata de una actividad que requirió recuperar saberes de respeto con la naturaleza, de cuidado colectivo y racionalidades diferentes. En varios casos fueron acompañadas por la intervención de ONG que realizaban proyectos destinados a la seguridad y soberanía alimentaria en sus territorios, pero que no daban cuenta de las dinámicas del territorio como forma de precarizar el trabajo agropecuario ni de las propias dinámicas de la pequeña producción agropecuaria. Al respecto, recuperamos un testimonio:

“Llegó una ONG y nos convocó. Nos reunieron y nos explicaron de que en la agroecología no se usan productos químicos, se puede hacer huertos pequeños en casa, producimos varias cosas y se puede reutilizar el agua. Entonces, pensaba que ayudaba a resolver los problemas que atacaban a la producción agropecuaria, solo que es más difícil si tienes terrenos grandes. Al final, me animé porque sabía que comía bien y no contaminado” (Yadira, 37 años, Lima Sur).

Esta precisión permite entender la importancia de la agroecología para el autoconsumo por varias cosas: no usan agrotóxicos, gestionan adecuadamente el agua y la producción es lo suficientemente diversa para asegurar la vida de quienes producen. Si bien la agroecología no termina de resolver los problemas que giran en torno al trabajo agropecuario, sí surge como una posibilidad y permite resistir la precarización de la vida en la que se sitúan debido a los ingresos insuficientes y la expropiación de bienes comunes. Sin embargo, acudir a este trabajo ha sido duro. Se trata de mucho esfuerzo, mucho trabajo organizado y la lucha constante contra los saberes del agronegocio y de sus esposos.

“(La agroecología) es una nueva vida, una nueva carrera. Mi esposo es agricultor, pero nunca tuvo interés por esto. Yo empecé de cero, no sabía sembrar, qué echarles a los insectos, etc. Esa era mi dificultad, y aún más, porque cuando empecé tuve que conversar con mi esposo para ir a las charlas, pero él me decía que no se podía, que lo que me decían era mentira, que no es posible sembrar sin químicos. Yo insistí, he reutilizado un espacio que no usábamos para nada. Mi esposo no me quiso ayudar, chocábamos mucho porque iba en contra de lo que él sabía. Así que me costó mucha dedicación lograrlo” (Yanina, 36 años, Lima Norte).

“Yo sufrí mucho con mi esposo porque no quería que salga a aprender, pero ahora puedo dedicarme 3 horas al día, a veces mis hijos y mi esposo me ayudan porque saben que de aquí también sale para ellos” (Yadira, 37 años, Lima Sur).

Este trabajo no se ha desenvuelto de forma aislada en sus territorios. La organización ha permitido darle sostenibilidad a la agroecología. Se encuentran articuladas en organizaciones agroecológicas que, lamentablemente, en tiempos de pandemia se han visto debilitadas, por verse impedidas de reunirse y continúan adaptándose a las redes virtuales como forma de comunicación. Además, el comercio en ferias de tipo agroecológico, donde es necesaria una certificación ecológica, no se desarrolla con la misma recurrencia que antes de la pandemia.

“Ahorita la asociación está un poco débil, cada uno está por su parte viendo como sobresale. Es mucho mejor estar organizados porque hay más facilidades que se puedan brindar, oportunidades, sola no se puede. Sí hemos intentado juntarnos, organizarnos a pesar de la pandemia, pero muchos son adultos mayores, algunos están lejos y no hay internet ahí, y no podemos reunirnos (Yanina, 36 años, Lima Norte).

“Yo me organizaba, era feliz porque organizados se puede hacer más, pero con la pandemia todo fue difícil. Tenemos que cuidarnos porque ya no somos jóvenes, por eso no salíamos, pero tampoco sabíamos usar el internet para conectarnos. Por último, hay socias que no tienen internet. Es difícil” (Yohana, 43 años, Lima Este).

A pesar de ello, reconocen que la organización y la agroecología produjeron un giro importante en las formas de relacionamiento que desenvuelven en sus hogares: En primer lugar, tuvieron que poner en discusión la posibilidad de organizarse, poniendo en tensión la racionalidad que vincula a lo público como masculino y a lo privado como femenino, racionalidad que primaba en sus hogares. En segundo lugar, tuvieron que poner en valor a la agroecología como trabajo y la organización como forma de hacer sostenible su actividad. Así como, dar cuenta de que este trabajo también aporta cuando se trata de cubrir necesidades, sobre todo, a partir del autoconsumo y, luego, a partir de los ingresos generados.

Si bien en tiempos de pandemia las mujeres -antes organizadas- tuvieron que producir estrategias individuales para sostener la vida, recordaron la potencialidad y fortaleza organizativa que les dejó su experiencia. Continúan dirigiendo sus experiencias personales en la agroecología y gestionando formas de generar mejores condiciones de vida para sus familias, para vivir bien. Continúan sosteniendo la agroecología por su potencialidad en el autoconsumo y comercializando, porque la población solicita consumir saludable. Esto es importante porque no se trata de sobreponer la comercialización, sino de realizar una distribución equitativa para asegurar su alimentación.

Cabe precisar que la comercialización se concentra en distritos de Lima con un nivel socioeconómico de clase media ascendente, como Magdalena, San Isidro, La Molina, Barranco, entre otros. Lo que se debe a que los precios de los productos agroecológicos son un poco más elevados que los

productos convencionales, ya que ponen en valor su trabajo y reconocen su esfuerzo para definir los precios.

“La pandemia nos ha afectado porque antes participábamos organizadas en ferias, pero ahora no podemos salir ni a vender. Felizmente, se dio la oportunidad de repartir nuestros productos en canastas por delivery. En ese sentido, la pandemia nos ha ayudado porque ahora quieren comer saludable y buscan por Facebook, por ejemplo. Me he enfocado en eso” (Yanina, 36 años, Lima Norte).

Para darle sostenibilidad a estas formas de comercialización, las mujeres han tenido que aprender sobre el uso de redes virtuales. Como decíamos no ha sido fácil porque son mujeres adultas y adultas mayores las que dedican su trabajo a la agroecología. Sin embargo, han tenido soporte de sus hijos e hijas, y familiares.

Definitivamente, ha sido un trabajo de largo aliento, sin embargo, desde la agroecología como estrategia, las mujeres han logrado resistir la precarización del trabajo agropecuario, afianzado por la pandemia del COVID-19.

4. A modo de conclusión ¿Qué posibilidades tenemos?

La pandemia del COVID-19 ha producido la agudización de la precariedad de la vida. En este caso, se han visto afectadas las condiciones de trabajo de las mujeres de la pequeña producción agropecuaria, quienes además de enfrentar este contexto tienen que hacer frente a las responsabilidades de cuidado en sus hogares. Actividades que se han acrecentado debido a la relocalización del trabajo y educación a los hogares.

Su trabajo agropecuario, se ha visto impactado por las dinámicas territoriales que vive Lima desde hace muchos años. Por ello, la importancia de situarnos en la nueva ruralidad y despojarnos de perspectivas dicotómicas entre lo urbano y lo rural. Lima, un territorio potencialmente urbano, tiene en sus valles todavía al potencial agropecuario que sufre los estragos de un proceso de urbanización de carácter depredador. Al mismo tiempo, la propia precariedad del agro se ha agudizado debido al cierre de mercados de abasto, el cobro excesivo de los bancos, los ingresos insuficientes por más de 8 horas de trabajo. Frente a ello, las mujeres afianzaron la búsqueda de alternativas para darle continuidad a la vida, como la agroecología. Una forma de producir, distinta a la convencional, surgió de forma organizada, y que hoy se presenta como una estrategia para resolver problemas de cada una de las mujeres a partir del autoconsumo y la comercialización por delivery, donde las redes virtuales han cobrado un papel importante.

De este modo, entendemos a esta estrategia desenvuelta por las mujeres como parte de un modelo distinto de desarrollo (Baños, 2013). Surge como emergencia frente a la profundización de formas de trabajo flexibles y desprotegidas que se afianzan en tiempos como este y plantea posibilidades para acceder a sus derechos y libertades fundamentales. Esto no significa que no surja la necesidad de intervención del Estado, para proteger los derechos de cada una de las mujeres que dedican sus vidas a este trabajo.

En el marco de la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Campesinos y de Otras Personas que Trabajan en las Zonas Rurales, urge que los Estados adopten medidas apropiadas para erradicar todas las formas de discriminación de las campesinas y otras mujeres que

trabajan en las zonas rurales y promover su empoderamiento de manera que puedan disfrutar plenamente, en igualdad, de todos los derechos humanos y las libertades fundamentales. Así también como los/as campesinas y otras personas que trabajan en las zonas rurales tienen derecho a definir prioridades y estrategias para ejercer su derecho al desarrollo.

No pretendemos dotar de un carácter utópico a estas experiencias, más bien nuestra intención es dar cuenta de la agroecología como una posibilidad frente a la depredación de los valles, a las dinámicas dañinas del agronegocio y la estructura familiar patriarcal. Es decir, creemos que estas experiencias logran tensionar con las dinámicas capitalistas a partir de la resistencia, la producción respetuosa con la naturaleza y la autonomía.

Estas tensiones nos dejan preguntas pendientes: ¿Cómo se desenvuelve el trabajo asalariado en el marco de la agroecología? ¿Cómo convive con las relaciones de solidaridad que sostienen a este trabajo para las mujeres? ¿Existen relaciones de subordinación? ¿Qué sucedería si se afianza el carácter acumulativo de la comercialización? ¿Cómo enfrentamos las dinámicas de urbanización en el marco de la apuesta agroecológica? ¿Cómo recuperamos el potencial agropecuario de Lima?

Esperamos que estas reflexiones finales, sean de utilidad para continuar en la ruta de la investigación desde el diálogo con las mujeres y sus territorios, y sirvan para visibilizar la problemática del agro en Lima, en tiempos como el que vivimos y permitan abrir posibilidades a pesar de la precariedad.

Bibliografía

Baños, M. (2013). Nueva Ruralidad desde dos visiones de progreso rural y sustentabilidad: Economía Ambiental y Economía Ecológica. *Polis*, 225-241.

Boza, S. (2013). Los sistemas participativos de garantía en el fomento de los mercados locales de productos orgánicos. *Polis, Revista Latinoamericana*.

Cotler, J. (2005). *Clases, estado y nación en el Perú*. Lima: Instituto de estudios peruanos.

Coraggio, J. (2007). Una perspectiva alternativa para la economía social: de la economía popular a la economía del trabajo. En: Coraggio, J. *La economía social desde la periferia. Contribuciones latinoamericanas*. Buenos Aires: Editorial Altamira.

Coraggio (2011). *Economía social y solidaria. El trabajo antes que el capital*. Quito: Abya-Yala.

Federici, S. (2018). *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo. Traficantes de sueños*: Madrid.

Gago, V. (2019). *La potencia feminista. El deseo de cambiarlo todo. Traficantes de sueños*: Madrid.

Gago, V. y Quiroga, N. (2017). Una mirada feminista de la economía urbana y los comunes en la reinención de la ciudad. En: Carrasco, C. y Diaz, C. (Ed.). *Economía feminista: desafíos, propuestas y alianzas*.

Gago, V., Cielo, C. y Gachet, F. (2018). *Economía popular: entre la informalidad y la reproducción*

ampliada. Íconos, Revista de Ciencias Sociales: Ecuador.

Giraldo, C. (2017). Economía popular desde abajo. Bogotá: Ediciones desde abajo.

Harvey, D. (2005). El "nuevo" imperialismo: acumulación por desposesión. Buenos Aires: CLACSO.

Korol, C. (2016). Somos tierra, semillas, rebeldía: Mujeres, tierra y territorios en América Latina.

Marañón-Pimentel, B. (2012). Hacia el horizonte alternativo de los discursos y prácticas de resistencias descoloniales. Notas sobre la solidaridad económica en el Buen Vivir. En: Marañón-Pimentel, B. Solidaridad económica y potencialidades de transformación en América Latina: una perspectiva descolonial. Buenos Aires: CLACSO.

Naciones Unidas. (2018). Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Campesinos y de Otras Personas que Trabajan en las Zonas Rurales. Obtenido de <http://www.fao.org/family-farming/detail/es/c/1197484/>

Nobre, M. (2015). Economía solidaria, agroecología y feminismo: Prácticas para la autonomía en la organización del trabajo y de la vida. En: Verschuur, C., Guérin, I. y Hillenkamp, I. (Ed.). Une économie solidaire peut-elle être féministe? Homo economicus mulier solidaria.

Organización de los Estados Americanos (OEA). Las mujeres rurales, la agricultura y el desarrollo sostenible en las Américas en tiempos de COVID-19. Documento de posición. Obtenido de: <https://www.oas.org/es/cim/docs/DocumentoPosicion-MujeresRurales-FINAL-ES.pdf>

Perez, E. (2004). El mundo rural latinoamericano y la nueva ruralidad. *Nómadas*, 180-193.

Rojas López, J.: (2008), "La agenda territorial del desarrollo rural en América Latina" en *Observatorio de la Economía Latinoamericana* N° 96, abril. En web <http://www.eumed.net/cursecon/ecolat/la/>

Santos, B. S. (2018). *Epistemologías del Sur*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO.

Shiva, V. (1996). *Abrazar la vida. Mujer, ecología y supervivencia*. Madrid: Horas y horas.

Shiva, V. (2004). La mirada del ecofeminismo. Santiago: Revista de la Universidad Bolivariana, vol. 3, núm. 9.

Shiva, V. y Mies, M. (2014). *Ecofeminismo. Teoría, crítica y perspectivas*. Icaria.